

- RUIZ DE LA PEÑA, J. L.: *Teología de la creación*, Santander, Sal Terrae, 1986.
- TOURAINE, Alain: «El sujeto democrático», en *Claves de la razón práctica*, 76 (1997), pp. 6-14 y 77 (1997), pp. 24-33.
- *Crítica de la modernidad*, Madrid, Temas de hoy, 1993.
- TRIAS, Eugenio: *Pensar la religión*, Barcelona, Destino, 1997.
- VATTIMO, G.: *Filosofía, política religión. Más allá del pensamiento débil*, Oviedo, Nobel, 1996.

Biblia y Predicación

Rev. Aragon. Teol. 16 (2002)

Javier Calvo

A. El Código y el Concilio

El contenido fundamental del ministerio de la palabra viene señalado expresamente en el Código de Derecho Canónico:

«Los predicadores de la palabra de Dios propongan a los fieles en primer lugar lo que es necesario creer y hacer para la gloria de Dios y salvación de los hombres»¹.

A esto se añade en el mismo canon la aplicación del mensaje evangélico a las condiciones personales, familiares, sociales y temporales:

«Enseñen asimismo a los fieles la doctrina que propone el magisterio de la Iglesia sobre la dignidad y libertad de la persona humana; sobre la unidad, estabilidad y deberes de la familia; sobre las obligaciones que corresponden a los hombres unidos en sociedad; y sobre el modo de disponer los asuntos temporales según el orden establecido por Dios»².

«Cúmplase con la mayor fidelidad y exactitud el ministerio de la predicación. Las fuentes principales de la predicación serán la Sagrada Escritura y la liturgia, ya que es una proclamación de las maravillas obradas por Dios en la historia de la salvación o misterio de Cristo»³.

Sin embargo, no se trata de predicar sobre la Biblia o sobre la liturgia. Esa tarea corresponde a los cursos y conferencias. Se trata más bien de que prediquemos desde la Biblia o desde la liturgia; a partir de su espíritu.

El Código de Derecho Canónico resalta la necesidad de una predicación fundamentada en las fuentes de la revelación y sus intérpretes auténticos:

«Ha de proponerse íntegra y fielmente el misterio de Cristo en el ministerio de la palabra, que se debe fundar en la Sagrada Escritura, en la Tradición, en la liturgia, en el magisterio y en la vida de la Iglesia»⁴.

«... toda la predicación de la Iglesia, como toda la religión cristiana, se ha de alimentar y regir con la Sagrada Escritura»⁵.

¹ CIC., canon 768.

² *Ibidem*.

³ VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 35.

⁴ CIC., canon 760.

⁵ VATICANO II, *Dei Verbum*, 21.

Se suele designar como predicación bíblica aquella que tiene como contenido, o al menos como punto de partida, la exposición exegética de una perícopa determinada de la Escritura.

Como escribe C. Vagaggini:

«La palabra de Dios es fundamentalmente después de los apóstoles, la Escritura —y la tradición— expuesta y explicada por la Iglesia. Por esto el anuncio de la palabra de Dios consiste fundamentalmente en la lectura y proclamación de la Escritura, a la que sigue su exposición y aplicación que de ella hace la Iglesia por medio de su ministro auténtico, es decir, la predicación»⁶.

B. Lectura del texto

La preparación de la predicación tiene que partir de alguna forma del texto de la Sagrada Escritura.

«El ministerio de la palabra, que incluye la predicación pastoral, la catequesis, toda la instrucción cristiana y en puesto privilegiado la homilía, recibe de la palabra de la Escritura alimento saludable y por ella da frutos de santidad»⁷.

El primer paso es la lectura del texto. Sería de desear la lectura de los textos en su lengua original, porque toda traducción representa siempre una interpretación. Esto es más bien un deseo que una exigencia. En el caso más frecuente de no poder acceder al texto original, nos debemos valer de traducciones, siendo útil comparar dos al menos, para acercarnos más al sentido original del texto. La Constitución *Dei Verbum*⁸ indica la necesidad de traer a la actualidad del presente, a través de traducciones adecuadas, una lengua que pertenece al pasado. Para nuestro propósito, sería bueno disponer, por una parte, de una traducción literalmente fiel al texto y, por otra, de una traducción moderna, como la de Casa de la Biblia o la Biblia del Peregrino; dicho de otro modo, la más cercana a la lengua original y la más cercana a la lengua castellana.

Esta primera lectura es una lectura de fe del texto; se hace como creyente, en el seno de la Iglesia y por ello puede ofrecernos ya impulsos, ideas, motivos para la predicación, sin alcanzar todavía los pasos posteriores de la exégesis o la meditación. Uno ya cree antes de que interprete. El predicador se aproxima al texto en la fe de la Iglesia, en un tiempo litúrgico, en un momento determinado de la vida eclesial y en medio del quehacer pastoral con su comunidad. Todo ello contribuye a una comprensión del texto. Sería un error pensar que uno sólo puede predicar cuando haya analizado e interpretado científicamente.

⁶ VAGAGGINI, C., *El sentido teológico de la liturgia* (Madrid, 1959), p. 833.

⁷ VATICANO II, *Dei Verbum*, 24.

⁸ VATICANO II, *Dei Verbum*, 22.

En este primer paso elegimos el texto sobre el que vamos a predicar, guiados por «el provecho espiritual de los participantes». Antes de elegir texto, el predicador debe leer todos los pasajes de la Sagrada Escritura que concurren en la celebración (lecturas, salmo responsorial, antifona antes del evangelio y evangelio). La elección del texto, sin embargo, no supone todavía la determinación del tema.

A algunos les ayuda aprenderse de memoria el texto sagrado —San Juan de Ávila recomendaba a un predicador aprender de memoria el Nuevo Testamento—; otros destinan en su agenda una hoja para anotar las inspiraciones que puedan brotar de la lectura del texto, o de los pasos posteriores de la meditación y la exégesis.

C. Exégesis⁹

«La Biblia es el libro del predicador —afirma Viktor Schurr—, no sólo para el que busca experimentar la originalidad de lo religioso y oír su lenguaje, sino también para aquel que quiere alcanzar la fuente de la palabra de Dios, de la fe y de la Iglesia. El estudio de la Biblia tiene prioridad en la vida sacerdotal, especialmente hoy, a la vista del cambio emocionante en la comprensión de la Biblia y ante los problemas de la hermenéutica bíblica»¹⁰.

La encíclica bíblica «*Divino afflante spiritu*» de 1943 «sobre la promoción de los estudios bíblicos en consonancia con nuestro tiempo» y la «Instrucción sobre la verdad histórica de los evangelios», del 20 de abril de 1964, apuntaban a una fecundidad pastoral. Frente a esta aspiración hay no raras veces por parte del predicador una actitud de defensa frente a la exégesis científica, la mayor parte de las veces infundada. Se opina que

«la exégesis científica provoca la perplejidad y la duda sobre innumerables puntos que eran hasta ahora admitidos pacíficamente... La exégesis científica se caracteriza por su esterilidad en lo que concierne al progreso de la vida cristiana. En lugar de permitir un acceso más fácil y más seguro a las fuentes vivas de la Palabra de Dios, hace de la Biblia un libro cerrado, cuya interpretación siempre problemática requiere una refinada técnica, que hace de ella dominio reservado a algunos especialistas»¹¹.

El concepto de predicación bíblica no es del todo claro. Puede abarcar desde una exégesis explicativa, la llamada homilía sencilla o inferior, u homilía exegética, que es la explicación de una perícopa, versículo por versículo, hasta una predicación temática sobre un tema con una libre conexión con la Sagrada Escritura. Aunque una homilía por su naturaleza conecta estrechamente con el texto bíblico, la forma es se-

⁹ Tenemos en cuenta nuestro artículo «Predicación bíblica», en *Pentecostés*, 15 (1967), pp. 314-320.

¹⁰ SCHURR, V., «Die Gemeindepredigt», en *Handbuch der Pastoraltheologie*, I (Freiburg, 1970), p. 234.

¹¹ IB, 29 s.

cundaria; lo decisivo es la cuestión de en qué medida la predicación está unida a la Escritura.

Lo decisivo de la predicación cristiana no es que esté de acuerdo con el texto, sino que esté de acuerdo con el evangelio. Se pueden decir cosas poco evangélicas a pesar del texto y se pueden decir cosas muy evangélicas también sin el texto. Se puede hablar sobre el tema más central del evangelio de modo que se le quite su carácter evangélico y se puede hablar sobre las cosas más profanas de modo que en ellas se haga visible la gloria de Dios. El interés decisivo es, por tanto, sólo que la predicación sea concorde con el evangelio¹². Una predicación bíblica no quiere decir un lenguaje bíblico. Habrá que dar el contenido, pero sin usar un lenguaje técnico bíblico.

Los oyentes tienen a menudo la impresión de que el predicador posee un conocimiento bastante superficial del evangelio. La perícopa del domingo le sirve de hilván o de pretexto para divagar o para exponer sus propias ideas, pero no es el mensaje evangélico lo que se ofrece a los fieles. La Escritura debe ser fuente de predicación y no pretexto de ideas, y esto exige del predicador, como una de las tareas oficiales de su sacerdocio, esa lectura asidua y ese estudio diligente que el Concilio señala.

«Es necesario, pues, que todos los clérigos, sobre todo los sacerdotes de Cristo y los demás que, como los diáconos y catequistas se dedican legítimamente al ministerio de la Palabra, se sumerjan en las Escrituras con asidua lectura y con estudio diligente, para que ninguno de ellos resulte “predicador vacío y superfluo de la palabra de Dios, que no la escucha en su interior”, puesto que debe comunicar a los fieles que se le han confiado, sobre todo en la sagrada liturgia, las inmensas riquezas de la palabra divina»¹³.

1. Estudio de la exégesis

Hay que estudiar exégesis con todos los medios que las ciencias bíblicas tienen actualmente a su disposición. Los sacerdotes no pueden estar a la altura de su tarea si antes no se prepararon debidamente en los años del seminario, si durante su permanencia en él «no han bebido este antiguo y perenne amor a la Sagrada Escritura». En los profesores de Sagrada Escritura ha habido, no con rara frecuencia, una falta de proporción, dedicando a la filología, a la historia o a otras ciencias auxiliares un espacio excesivamente amplio. El Papa Pío XII advierte que

«la exposición exegetica ha de ser principalmente teológica, evitando inútiles disputas y omitiendo todo aquello que sea fuente de vana curiosidad más bien que de fomento de verdadera doctrina y de piedad sólida; propongan el sentido llamado

¹² HAENDLER, O., *Die Predigt* (Berlín, 1960), p. 213.

¹³ VATICANO II, *Dei Verbum*, 25.

literal y principalmente el teológico, con tanta solidez, explíquenlo con tanta maestría, incúlquenlo con tal fervor, que sus alumnos lleguen a experimentar en cierto modo lo mismo que los discípulos de Jesucristo cuando yendo a Emaús, al oír las palabras del Maestro, exclamaron: ¿No ardía, en verdad, nuestro corazón en nosotros mientras nos explicaba las Escrituras?»¹⁴.

El estudio de la Biblia no debe limitarse a los años de estudio en el seminario. No es preciso ser un exegeta de profesión para poder predicar bíblicamente, pero sin un estudio bíblico continuado no se legitima la preparación bíblica de la homilía. El conocimiento de la Sagrada Escritura y su lectura constante constituyen una de las tareas pastorales más hermosas del sacerdote. Debiera pertenecer a la tarea habitual del predicador dedicar una o dos horas semanales al estudio de la Sagrada Escritura, dando preferencia en este quehacer más a la teología bíblica que a la exégesis. De este modo se irá adquiriendo una penetración en el verdadero sentido de la palabra de Dios. El Concilio Vaticano II exige claramente de los predicadores un estudio intensivo de los textos bíblicos. En la Constitución *Dei Verbum* se llama a este estudio «alma de la sagrada teología»¹⁵. El conocimiento de la Sagrada Escritura y su constante lectura formarán parte cada vez más de las tareas profesionales del sacerdote de nuestra generación y de generaciones futuras.

2. Análisis bíblico-teológico del texto

En un segundo paso se trata del análisis bíblico teológico del texto escogido de la Sagrada Escritura. Es, tal vez, la parte más laboriosa de la preparación. La exégesis no quiere decir en primer término la lectura de comentarios, sino enfrentarme científicamente con el texto; puede ocurrir que los comentarios no me dejen ver el texto, cuando me dejo guiar más por las notas del comentario que por el mismo texto. Pero ciertamente debo acudir a los comentarios, para no guiarme por mi propia subjetividad y para hacer exégesis en la comunidad de la Iglesia. Ya en el Nuevo Testamento se establece este principio para la interpretación de la Sagrada Escritura: «ninguna profecía de la Escritura es (objeto) de interpretación propia (personal)» (2 Pe 1, 20).

3. Papel de los comentarios

La ayuda de un sólido comentario evita no sólo que el predicador flote en lo nebuloso, en las libres ocurrencias de la imaginación, sino que también le hace ver y sentir la situación histórica de los contemporáneos del texto. No es necesario poseer grandes comentarios especializados. Hoy día disponemos de una gran variedad de ayudas: series de pequeños comentarios bíblicos, comentarios a cada evangelio, re-

¹⁴ Pío XII, *Divino Afflante Spiritu*, 27.

¹⁵ VATICANO II, *Dei Verbum*, 24.

vistas y hojas para la preparación de la homilía, etc. Sería bueno que el comentario no sea muy prolijo, ni se pierda en detalles, según la querencia del autor; que nos acerque al contexto histórico y al sentido del texto en su origen, en lugar de adaptar el texto a nuestra situación y hacerlo moderno; que nos dé un acceso al lenguaje de cada libro de la Biblia, ya que muchos de ellos están escritos en un lenguaje poético y oriental, lejano a nuestro lenguaje racional, abstracto. La elección del comentario seguirá siendo siempre una decisión personal, en la que pesarán diversas circunstancias como el precio y el tamaño de la obra o la preferencia por un autor determinado.

4. Los sentidos de la Escritura

La Constitución *Dei Verbum* describe cómo debe ser interpretada la Sagrada Escritura:

«Habiendo, pues, hablado Dios en la Sagrada Escritura por hombres y a la manera humana, para que el intérprete de la Sagrada Escritura comprenda lo que El quiso comunicarnos, debe investigar con atención qué pretendieron expresar realmente los hagiógrafos y plugo a Dios manifestar con las palabras de ellos»¹⁶.

El texto conciliar distingue netamente el trabajo técnico sobre el texto bíblico (descubrir lo que los autores querían decir) y su interpretación cristiana y eclesial (descubrir lo que Dios quería dar a conocer con dichas palabras), pero no es la intención del texto pensar que la exégesis histórico-crítica y la interpretación teológica deben ser claramente distintas y separadas. La determinación del sentido espiritual entra también, de este modo, en el dominio de la ciencia exegética.

El sentido profundo de los textos, su alcance espiritual, se encuentra siempre mas allá de lo que está escrito. El sentido propiamente cristiano de la Escritura representa un más allá con relación al sentido humano que descubre la sola exégesis técnica; la verdadera interpretación de la Escritura debe hacerse «con el Espíritu con que fue escrita». Sin embargo, no hay que concluir que esta profundidad haya que buscarla fuera de las Escrituras. Con palabras de I. de la Potterie, «es en el interior de la letra, en la profundidad del sentido literal, donde debe buscarse el sentido espiritual del texto sagrado»¹⁷.

a) Sentido literal

Es de gran importancia la consideración del sentido de un pasaje bíblico para su utilización en la predicación. Así lo afirma la Pontificia Comisión Bíblica:

¹⁶ VATICANO II, *Dei Verbum*, 12.

¹⁷ DE LA POTTERIE, I., «La interpretación de la Sagrada Escritura con el mismo Espíritu con que fue escrita», en LATOURELLE, R., *Vaticano II. Balance y perspectivas* (Salamanca, 1989), pp. 164 y 171.

«Es no solamente legítimo, sino indispensable, procurar definir el sentido preciso de los textos tal y como han sido producidos por sus autores; sentido llamado "literal". Ya Santo Tomás afirmaba su importancia fundamental (S.Th. I, q. 1, a. 10. ad 1)»¹⁸.

Con la ayuda de los métodos y acercamientos de la exégesis científica puede determinarse el sentido literal de la Escritura, que es aquel que ha sido expresado directamente por los autores humanos inspirados.

El objetivo de la exégesis es, en primer lugar, averiguar el sentido literal de un texto con métodos garantizados. No es éste el lugar de presentarlos detalladamente¹⁹. No hay más que una clase de exégesis, la científica. No existe una exégesis pastoral. Debemos acudir, por consiguiente, a los métodos de la exégesis científica: historia de las formas, de la tradición y de la redacción, tener en cuenta el contexto, etc. Para nuestro fin merecen especial atención la historia de las formas, la historia de la redacción y los métodos narrativo, retórico, semiótico.

b) Sentido espiritual

La Biblia puede ser considerada desde un punto de vista literario, histórico, religioso etc. A la predicación le interesa la historia de la salvación que culmina en el misterio pascual de la muerte y resurrección de Jesús. Como dice la Constitución sobre la sagrada liturgia:

«Desde entonces (el día de Pentecostés), la Iglesia nunca ha dejado de reunirse para celebrar el misterio pascual; leyendo *cuanto a él* (Cristo) *se refiere en toda la Escritura* (Lc 24, 27), celebrando la Eucaristía»²⁰.

La predicación presupone, por consiguiente, que en toda la Escritura, también en el Antiguo Testamento, hay contenidos que se refieren a Cristo. Esto nos obliga a distinguir, especialmente en el Antiguo Testamento, junto al sentido literal, otro sentido: el que se refiere a la salvación en Cristo, al que vamos a llamar sentido espiritual. Según I. de la Potterie

«cuando alguien se encuentra delante de un texto bíblico y quiere verdaderamente *comprenderlo* debe saber que, si este texto tiene un sentido histórico, literal, tiene también un sentido oculto y más profundo, un sentido espiritual querido por el Espíritu»²¹.

«Como regla general, se puede definir el sentido espiritual comprendido según la fe cristiana, como el sentido expresado por los textos bíblicos, cuando se los lee

¹⁸ PONTIFICIA COMISIÓN BIBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia* (Madrid, 1994), p. 76.

¹⁹ Cf. ZIMMERMANN, H., *Los métodos histórico-críticos en el Nuevo Testamento* (Madrid, 1971); IB.

²⁰ VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 6.

²¹ DE LA POTTERIE, I., «La interpretación de la Sagrada Escritura con el mismo Espíritu con que fue escrita (DV 12,3)», en LATOURELLE, R., *Vaticano II. Balance y perspectivas* (Salamanca, 1989), p. 162.

bajo la influencia del Espíritu Santo en el contexto del misterio pascual de Cristo y de la vida nueva que proviene de él»²².

La *Dei Verbum* hace al intérprete de la Sagrada Escritura un doble requerimiento:

«investigar con atención qué pretendieron expresar realmente los hagiógrafos y plugo a Dios manifestar con las palabras de ellos»²³.

El intérprete, en primer lugar, debe poner en claro la intención secreta del hagiógrafo que sólo puede ser descubierta en los textos mismos mediante el estudio de los géneros literarios y los medios de expresión utilizados por el hagiógrafo para expresarse, sin olvidar el contexto histórico, destinatarios, etc. Luego debe buscar lo que Dios quería dar a conocer con dichas palabras.

«El sentido “divino” y propiamente cristiano de la Escritura —escribe I. de la Potterie— representa un *más allá*, un rebase, con relación al sentido “humano” que descubre la sola exégesis técnica; la verdadera “interpretación” de la Escritura debe hacerse *con el Espíritu* con que fue escrita»²⁴.

Como dijo monseñor Edelby en la 94.^a Congregación general del Vaticano II:

«El fin que se propone la exégesis cristiana es la interpretación espiritual de la Escritura a la luz de Cristo resucitado»²⁵.

Y la *Dei Verbum* en el mismo número recomienda un principio para una interpretación teológica y eclesial de la Escritura:

«Y como la Sagrada Escritura hay que leerla e interpretarla con el mismo Espíritu con que se escribió para sacar el sentido exacto de los textos sagrados, hay que atender no menos diligentemente al contenido y a la unidad de toda la Sagrada Escritura, teniendo en cuenta la Tradición viva de toda la Iglesia y la analogía de la fe»²⁶.

El sentido espiritual del texto sagrado debe buscarse en el texto mismo de la Escritura, en la profundidad del sentido literal. La Encíclica *Divino Afflante Spiritu* afirma que:

«Sólo Dios, en verdad, pudo conocer y revelarnos a nosotros ese significado espiritual». Y prosigue: «Ahora bien, este sentido, en los Santos Evangelios nos lo indica y nos lo enseña el mismo divino Salvador; lo profesan de palabra y por escrito

²² PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, 79.

²³ VATICANO II, *Dei Verbum*, 12.

²⁴ DE LA POTTERIE, I., «La interpretación de la Sagrada Escritura con el mismo Espíritu con que fue escrita (DV 12,3)», en LATOURELLE, R., *Vaticano II. Balance y perspectivas* (Salamanca, 1989), p. 173.

²⁵ DUPUY, B. D., «Historia de la Constitución», en AA. VV. *La revelación divina I* (Madrid, 1970), p. 120.

²⁶ VATICANO II, *Dei Verbum*, 12.

los apóstoles, imitando el ejemplo del Maestro; lo demuestra la constante doctrina tradicional de la Iglesia y, finalmente, lo declara el antiquísimo uso de la liturgia, según la conocida sentencia: *La ley de la oración es la ley de la creencia*»²⁷.

c) Sentido principal y sentidos secundarios

¿Qué quiere la exégesis moderna? Si la exégesis antigua buscaba cualquier sentido, la moderna exégesis pregunta críticamente por el sentido original del autor. Aunque en el análisis exegetico debemos considerar la perícopa desde todos los puntos de vista, sin embargo, el objetivo principal de esta tarea es desentrañar el sentido principal del texto. El objetivo del trabajo exegetico sobre el texto es comprender el sentido real de la Sagrada Escritura. Éste es el fruto de la exégesis: indaga el contenido de una perícopa con vistas a los hombres a los que se dirigió originalmente. Ella precisa cómo predicó el evangelista entonces; él ha predicado esto a su comunidad en aquella situación determinada.

Las exigencias de la encíclica bíblica valen tanto para el predicador como para los exegetas:

«Por lo tanto los sacerdotes, obligados por oficio a procurar la salud eterna de las almas, después de recorrer ellos mismos con diligente estudio las sagradas páginas, después de hacerlas suyas por la oración y la meditación, deben exponer celosamente al pueblo estas soberanas riquezas de la divina palabra en sermones, homilías y exhortaciones... y todo esto evitando con cuidado y diligencia aquellos sentidos acomodaticios que sugiere el propio individual arbitrio y se toman de cosas muy ajenas al asunto; esto no es usar, sino abusar de la divina palabra»²⁸.

También debemos comprender los sentidos secundarios. Sin embargo, la finalidad de la exégesis en la preparación de la predicación es distinta a lo que busca la ciencia. Mientras el investigador busca acrecentar los conocimientos, al predicador le interesa predicar el contenido del texto, de modo que sea alimento espiritual para su comunidad. Para el científico un sentido secundario puede ser en ciertas circunstancias más importante que el sentido principal, para el predicador no es así; su tarea es comprender el sentido principal del texto. Ahí va dirigida su exégesis científica.

W. Uhsadel, profesor evangélico de homilética escribe:

«El predicador debe ser tan poco investigador como el médico. Pero como éste, en su servicio a las personas, debe emplear lo que la investigación pone en su mano, por lo cual debe tener en cuenta la situación individual de la persona, por lo demás exactamente como el médico. Esta exigencia incluye que el predicador puede servirse no sólo de alguna explicación popular del texto. Tiene que recurrir a comen-

²⁷ Pío XII, *Divino Afflante Spiritu*, 16.

²⁸ Pío XII, *Divino Afflante Spiritu*, 26.

tarios científicamente importantes y trabajarlos a fondo, sin esperar que le proporcionen enseguida un montón de ideas aprovechables en la predicación. El trabajo con ello vale la pena en primer lugar en el sentido de que adquiere claridad sobre el conjunto del texto dentro de su contexto. Puede ser que no experimente nada sorprendente. Pero quizá se ilumina una u otra palabra o la construcción de una frase arroja su luz sobre el texto. Este trabajo exegético tiene que realizarse como una labor ascética del todo, sin que se pregunte de antemano qué saca de ahí para un fin práctico. Quizá uno saca más de lo que piensa. Solo el predicador que trabaja así ascéticamente, que no se precipita sobre el texto con el orgullo de una doctrina y le arranca por la fuerza un significado, tiene la posibilidad de conseguir una ganancia para su predicación; pues este modo de trabajar exegéticamente, tiene una afinidad inmediata con otro método de tratar con el texto, que llamamos meditación»²⁹.

Método que expresa la gratuidad del diálogo amoroso al que somos llamados por Dios en la Sagrada Escritura.

«Porque en los sagrados libros el Padre que está en los cielos se dirige con amor a sus hijos y habla con ellos»³⁰.

Para la preparación práctica de la predicación serán raros los casos en que podamos disponer del tiempo y de la posibilidad de hacer una exégesis a fondo de la perícopa bíblica. Sin embargo, no debería faltar nunca un mínimo de trabajo exegético en el quehacer de la predicación.

D. El papel de la transmisión

Los textos del evangelio pueden tener su fundamento en la vida de la comunidad de los discípulos de Jesús o inmediatamente en la comunidad postpascual o en la aplicación posterior del evangelista. Esta es una indicación decisiva de que hoy la proclamación de la Escritura en la predicación tiene que actualizarse y acentuarse en una apertura siempre nueva de horizontes de la comunidad actual.

La tradición, donde no sucede de un modo puramente mecánico, supone siempre una interpretación. Las enseñanzas del evangelio han pasado a través de la primera cristiandad y nos han sido transmitidas tal como ellos las entendieron. Hay que distinguir entre el sentido original y la interpretación dada por la tradición de la Iglesia y por los evangelistas. Esto no quiere decir que esta interpretación no esté inspirada y que no sea una verdad para nosotros, sino sólo que si queremos buscar el sentido original, tenemos que prescindir de estas interpretaciones. El sentido de la interpretación posterior de la Iglesia no excluye en modo alguno el sentido original.

²⁹ UHSADEL, W., *Die gottesdienstliche Predigt* (Heidelberg, 1963), pp. 91 s.

³⁰ VATICANO II, *Dei Verbum*, 21.

Según la *Instrucción sobre la verdad histórica de los evangelios*³¹, debemos «tener en cuenta los tres estadios por que han pasado la vida y la enseñanza de Jesús antes de llegar hasta nosotros», estadios que a menudo no es fácil delimitar en la práctica:

1. El sentido original del Jesús histórico

El sentido original que el Jesús histórico quiso ofrecer a sus oyentes de Palestina. Cada palabra de Jesús, cada enseñanza, cada parábola va dirigida a unos hombres y mujeres determinados y ha sido pronunciada en un determinado momento histórico de su vida. ¿Qué quiso decir Jesús en esa hora determinada? ¿Qué efecto tuvieron que tener sus palabras en los oyentes? Esta tarea de llegar al sentido original es una de las tareas de la exégesis.

2. La transmisión en la comunidad

Los apóstoles, los predicadores y catequistas de la Iglesia primitiva utilizaron las enseñanzas de Jesús aplicándolas a las necesidades concretas de su comunidad. En esta aplicación frecuentemente hay un desplazamiento del acento en el mensaje evangélico. Las palabras de Jesús a los adversarios, a los fariseos y escribas, se aplican ahora a unos creyentes; en lugar de la exigencia y la invitación de Jesús a creer, aparece ahora la exhortación a permanecer fieles en la fe.

3. La redacción de los evangelistas

Un tercer grado de interpretación es el realizado por la redacción de los evangelistas. El hecho de situar unas determinadas palabras en un contexto determinado, supone ya una interpretación. Así, p. ej. San Lucas coloca la parábola del Buen Samaritano en una especie de catecismo de la espiritualidad cristiana (Lc 10, 21-11, 13); con ello la parábola ya no sirve en primer término para responder a la pregunta sobre la amplitud y alcance del amor al prójimo, sino para hablar de lo decisivo que es para conseguir la vida eterna el cumplimiento del mandamiento principal.

Si buscamos el sentido original, este retroceso crítico no significa que lo que la tradición ha aportado lo consideremos como un mero envoltorio carente de valor. Significa que debemos distinguir en el texto diversos estratos y que cada uno tiene su valor propio. Si buscamos el sentido original, tenemos que contar con que los oyentes normalmente no eran cristianos; si buscamos el sentido de los evangelistas, es decir, una enseñanza para cristianos, entonces no podemos aceptar sin crítica el marco histórico.

³¹ Instrucción de la PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA «*Sancta Mater Ecclesia*»: AAS 56 (1964), pp. 712-718; DENZINGER-HÜNTERRMAN (Barcelona, 2000), pp. 4402-4407.

En la predicación hay que atenerse al sentido de la tradición y de los evangelistas o buscar el sentido original. Las dos fórmulas son posibles y están justificadas. Lo que no se debe hacer es mezclar las dos.

Al final de esta labor debo disponer de la exégesis necesaria para la predicación, la cual puede resumirse en tres puntos:

- ¿Cuál es el sentido principal del texto?
- ¿Qué sentidos secundarios apoyan el sentido principal?
- ¿Cómo sirven al fin principal los diversos versículos?

E. Posibilidades de interpretación

Para la cuestión de cómo se debe interpretar el contenido de un texto bíblico se ofrecen diversas posibilidades³²:

1. La comprensión de un pasaje desde la doctrina de la Iglesia

Pertenece a la tradición católica interpretar la Sagrada Escritura a la luz de la enseñanza de la Iglesia. A partir de la Sagrada Escritura como premisa, o mejor como raíz, se ha formulado el dogma; ahora se trata de seguir el camino inverso y comprender la Sagrada Escritura desde sus consecuencias. Esta clase de interpretación sirve especialmente para la predicación temática, que presenta la doctrina eclesial, corroborada por las fuentes de la fe y aplicada a la vida cristiana.

La fe de la Iglesia se expresa de un modo especial en las declaraciones del Concilio Vaticano II, que vienen a ser el catecismo del siglo XX. Aquí el dogma se llena de nuevo de la Escritura. El mensaje del Concilio representa un desarrollo de la Tradición en el que se conserva lo permanente y donde desde las profundidades de la Sagrada Escritura se divisan nuevos horizontes de aspectos olvidados o no tenidos en cuenta en el encuentro con el mundo de hoy.

2. La comprensión de una perícopa desde la composición del libro correspondiente

La perícopa aparece aquí como parte de un libro de la Biblia, p. ej. un evangelio. La explicación se ilumina desde el conjunto del libro o desde las características del autor. En la interpretación de un pasaje se ofrecen de nuevo diversas posibilidades:

³² FESENMYER, G., *Bibelpredigt im Aufbruch* (Freiburg, 1963), pp. 17-26.

a) La ubicación del pasaje en el conjunto del libro

Esta colocación puede decirnos algo decisivo. Lucas sitúa la parábola de la oveja perdida (Lc 15, 3-7) junto a otras parábolas de seres perdidos: la dracma perdida (Lc 15, 8-10), y el hijo pródigo (Lc 15, 11-32). El pastor es feliz por haber encontrado de nuevo a la oveja, del mismo modo Dios se alegra por el pecador que se arrepiente. Ahora bien, cuando Mateo coloca la parábola de la oveja perdida en el cap. 18, que contiene la instrucción para los jefes de la comunidad, subraya la solicitud de éstos por los más pequeñuelos. La lección tiene otro color en Mateo; ya no se pone el acento en la alegría del pastor, sino en la ejemplaridad de su búsqueda.

b) La idea fundamental del libro

Se puede considerar una perícopa a la luz de la *idea fundamental de un libro*. Así Mateo engarza los diversos pasajes en el tema principal de su evangelio: el nuevo orden que ha traído Jesús, el nuevo Moisés, lleva a la plenitud el orden antiguo.

Lucas escribe la historia de la Pasión como el camino hacia Jerusalén. Se prepara al menos desde el capítulo 9. «Estando para cumplirse los días de su ascensión Jesús se dirigió resueltamente a Jerusalén» (Lc 9, 51). Jerusalén es el lugar de su Pasión.

c) El pensamiento del autor

También se puede ver un pasaje desde el *pensamiento del autor*.

Con la lectura de los evangelios sinópticos en tres años, el Concilio Vaticano II quiso ofrecer una nueva tarea y una nueva oportunidad a la predicación y la vida de fe de las comunidades, a saber, presentar la tradición evangélica de un modo objetivo y diferenciado y que los fieles tomaran conciencia de los diversos matices de los tres evangelios.

No se trata de dar a la comunidad más perícopas evangélicas y más lecturas bíblicas, sino que la homilía debe destacar en la interpretación específica de cada perícopa los rasgos propios y la intención de cada evangelista. En el ciclo A, por ejemplo, se debe predicar «teología de Mateo» y no una mezcla armonizada de los cuatro evangelios. El evangelio de Mateo está al servicio de la instrucción pastoral de la reciente comunidad. El tema fundamental es discipulado y seguimiento.

El evangelio de Marcos no pretende, en primer término, la conservación y fijación de la tradición, sino enseñar, guiar y fortalecer a las comunidades en sus problemas y necesidades actuales.

Lucas, el evangelista del ciclo C, escribe para cristianos que no proceden de la tradición judía. Mientras Mateo coloca a Jesús en la serie de los maestros de Israel, para Lucas quien ha nacido no es el Maestro, sino el Salvador: «Hoy os ha nacido el Salvador» (Lc 2,11), y un Salvador se muestra no en que habla, sino en que

obra. Si el Salvador es la figura central del evangelio, la salvación tiene que ser la experiencia principal del evangelio. Todos los evangelistas ciertamente informan de los hechos salvíficos de Jesús, pero ningún evangelista lo hace tan sensiblemente como Lucas.

Un punto de gravedad del evangelio de Lucas es el trato de Jesús con los pecadores, que se realiza con comprensión y amor. Una parte no pequeña de los textos exclusivos de Lucas están dedicados a este tema.

Otro tema central en Lucas es la oración. Lucas invita a reconocer todas las buenas experiencias como provenientes de la mano de Dios, alabando y dando gracias a Dios. Asimismo, invita a orar incesantemente, para poder superar las pruebas que vengan. Desde este trasfondo narra Lucas que Jesús mismo ora sin cesar.

Este énfasis en la oración seguramente tiene su contexto en la situación de la joven Iglesia, que sufría las primeras persecuciones, que había esperado en vano la venida de Jesús y que buscaba vías para configurar el tiempo actual desde la cercanía de Dios. Es una respuesta propia a la situación creada en la comunidad por la demora de la parusía.

3. La comprensión a partir de la misma perícopa

Este punto de vista está también justificado, porque los evangelios están formados de trozos que originariamente eran independientes. Esta interpretación retrocede a la situación anterior a la composición de los evangelios. Si queremos trabajar con la fórmula «Sitz im Leben», se ofrecen dos posibilidades a medida que retrocedemos en el tiempo: Primero el *Sitz im Leben* de la Iglesia primitiva y luego el *Sitz im Leben* de Jesús.

a) El *Sitz im Leben* de la Iglesia primitiva

Nos preguntamos por los intereses de los primeros cristianos ¿Por qué fue transmitida esta perícopa? ¿Qué interés tenía la Iglesia primitiva en ella? ¿Qué papel jugó este pasaje en la vida de la Iglesia primitiva? A partir de esos intereses llegamos al interés que tenemos hoy y lo abordamos en la explicación.

Los intereses que descubrimos en la Iglesia primitiva se pueden agrupar alrededor de los siguientes temas: autocomprensión de la comunidad, Kerigma, ejercicio de la celebración eucarística, problemas teológicos y cuestiones prácticas de la vida eclesial.

b) El *Sitz im Leben* Jesu

Si ya es un principio de interpretación el lugar de una perícopa en la vida de la Iglesia primitiva, es todavía más fascinante conocer el sentido más original de un discurso de Jesús, de una parábola o de la narración de un hecho. J. Jeremías ha

intentado descubrir la situación concreta de la vida de Jesús, en la que cada parábola fue pronunciada, para retroceder así al sentido original, a la *ipsissima vox* de Jesús³³. Para descubrir el lugar histórico de las parábolas propone los siguientes principios de transformación: la traducción de las parábolas al griego, las modificaciones del material intuitivo, los adornos añadidos, el cambio del auditorio, el empleo de las parábolas para la parenesis de la Iglesia, la influencia de la situación de la Iglesia, la tendencia a la alegorización, la inclinación a agrupar las parábolas en colecciones y a fusionar algunas de ellas y, finalmente, la inclusión de un texto en un marco nuevo.

4. La comprensión de una perícopa desde la Eucaristía

Las perícopas se leen y explican la mayor parte de las veces en la celebración de la Eucaristía. La inclusión en la celebración litúrgica abre otros puntos de vista para la interpretación:

«acercarse a la Sagrada Escritura para comprenderla y explicarla de acuerdo con el modo propio que tiene la liturgia de leer la Palabra de Dios. Cuando la Iglesia ha organizado su *Leccionario* en torno a los *hechos y dichos* del Señor en el Evangelio, es evidente que quiere proponer unas claves de interpretación de la Escritura, de cara a la liturgia, esencialmente cristológicas y pascuales, dicho de otro modo, está refiriendo a Cristo y su Misterio Pascual todos los contenidos de las lecturas bíblicas, a la manera como lo hacía el propio Señor cuando citaba las palabras del texto sagrado aplicándolas a su persona y a su obra de salvación»³⁴.

De nuevo tenemos varias posibilidades.

a) El uso litúrgico

La Comisión Episcopal de Liturgia llama la atención sobre la utilización de los textos en la liturgia:

«Otro aspecto a tener en cuenta al estudiar las lecturas de la misa para preparar la homilía, es la aplicación particular que la liturgia hace de ellas al misterio celebrado dentro de la solemnidad o fiesta e incluso dentro del tiempo litúrgico»³⁵.

Habría que plantearse sistemáticamente la pregunta: ¿Por qué ha elegido la Iglesia precisamente este texto para el día de hoy? Algunas perícopas están en clara relación con el tiempo del *año litúrgico* con la fiesta o con el santo, que se celebra. Esta relación es ciertamente diversa y tiene distintos grados. Es especialmente notoria en las festividades centrales del Adviento, Cuaresma y Pascua.

³³ JEREMÍAS, J., *Las parábolas de Jesús* (Estella, 1970).

³⁴ COMISIÓN EPISCOPAL DE LITURGIA, *Partiendo el pan de la palabra*, 21.

³⁵ *Ibidem*, p. 23.

«En cada uno de los tiempos litúrgicos la homilía ayuda a celebrar a Jesucristo bajo aspectos diversos, pero siempre confluyentes y como engarzados en el acontecimiento central de la Pascua. El año litúrgico, por tanto, aparece como el principal itinerario del quehacer homilético, para que la Iglesia lo recorra avanzando progresivamente en la historia de la salvación. La homilía, fiel a esta ruta animada por una fuerza del Espíritu, debe situarse siempre bajo la potente luz de la Pascua que en todos los tiempos litúrgicos revela el sentido pleno de los textos proclamados»³⁶.

Siempre el texto bíblico tiene unos ecos distintos según el tiempo litúrgico o la fiesta en que se proclama. Incluso la perícopa litúrgica puede adquirir un sentido especial que no es el del contexto original. La boda en Caná (Jn 2, 1-12) puede mostrar las reacciones ante Jesús, o se puede explicar en una fiesta mariana o en la celebración del matrimonio. El bello relato de Emaús puede comentarse muy bien en un funeral, pero también puede servir para la homilía de una boda.

b) La agrupación con otros textos litúrgicos

A menudo las perícopas se pueden interpretar por el modo de *agrupación* con otros textos. Así la primera lectura puede arrojar luz sobre el evangelio o a la inversa. Tal es el caso de las lecturas del trigésimo domingo del tiempo ordinario del ciclo B (Jer 31, 7-9; Mc 10, 46-52).

c) El carácter didáctico

La lectura de la Sagrada Escritura en la celebración eucarística posee desde antiguo también un *carácter didáctico*. La catequesis normal para muchos fieles en la Iglesia tiene lugar en la celebración de la palabra. Como dice la *Catechesi Tradendae*:

«La homilía vuelve a recorrer el itinerario propuesto por la catequesis y lo conduce a su perfeccionamiento natural... se puede decir que la pedagogía catequística encuentra, a su vez, su fuente y su plenitud en la eucaristía dentro del horizonte completo del año litúrgico. La predicación, centrada en los textos bíblicos, debe facilitar entonces, a su manera, el que los fieles se familiaricen con el conjunto de los misterios de la fe y de las normas de la vida cristiana»³⁷.

d) El relato de la Cena

En cada celebración eucarística se proclama un *evangelio original*, el relato de la cena. Todo evangelio de la celebración de la palabra está en relación con este evangelio original. Lo que se narra en el evangelio como hecho salvífico, se hace nueva realidad por la acción del Señor presente en medio de nosotros.

³⁶ *Ibidem*, p. 14.

³⁷ JUAN PABLO II, *Catechesi tradendae*, 48.

La exégesis y la liturgia nos ofrecen una abundancia de posibilidades. También es cierto que el predicador puede quedar desconcertado por la oferta de tantos caminos. Sin embargo, si referimos a Cristo cada texto de la Escritura, la riqueza de posibilidades no lleva a la desorientación enmarañada, sino a la sencillez de la interpretación.

F. La meditación

La profundización exegética en la palabra de Dios sólo cumple una primera tarea fundamental, que da consistencia a todo lo demás.

«No me parece el ideal —afirma A. Iniesta— estudiar a fondo el pasaje de un libro especializado, y con todo ese bagaje bien fresco y casi sin digerir, tratar de meterlo mal que bien en nuestra perorata. Creo que debemos conocer bien todos los datos firmes de la ciencia bíblica actual, en general y sobre el libro o pasaje concreto que hemos de iluminar. Pero después, si cabe hablar así, habría como que «olvidarlo», soterrarlo como los cimientos, que influyen, pero no es necesario que se vean»³⁸.

Al trabajo exegético le sucede la meditación. Ni del estudio diligente de la Sagrada Escritura, ni de la atención al hombre como tal, surge una buena predicación bíblica. Hace falta la meditación orante de ambas realidades. Toda la ardua tarea de la exégesis sólo es un paso en el camino hacia la comprensión personal de un texto que interpela mi fe.

La predicación no sólo tiene que determinar y comunicar «de qué se trató entonces», sino que tiene que proclamar «de qué se trata hoy» en una reinterpretación de la palabra de la Biblia. El paso del «entonces» al «hoy» es la tarea característica del predicador; es el fruto de la meditación de la predicación. Esta constituye precisamente el núcleo o el alma de la preparación, es la fuente de la predicación.

No se trata de un método de meditación, sino de la oración personal del predicador. En el proceso de elaboración de la predicación tiene que llegar un momento en el que el predicador deja a un lado la Biblia y sus comentarios, se retira del trato con los hombres y se prepara en la meditación a ser un oyente de la palabra de Dios. La primera tarea del predicador no es hablar sino escuchar. Nadie tiene que ser un oyente de la palabra tan puntual y dispuesto como el mismo predicador.

La convicción personal no surge sólo por un estudio sólido, sino por la confrontación con los contenidos de la fe en la oración y en la meditación. La palabra de Dios va a penetrar primero en mí; es palabra de salvación para mí personal-

³⁸ INIESTA, A., «Cómo predicar en la celebración sacramental. Líneas de fuerza», en *Sal Terrae*, 4 (1981), p. 250.

mente. Uno se coloca ante la palabra de Dios que le interpela de modo personal en la propia vida. Voy del texto bíblico a mi vida y de mi vida al texto. El mundo de la Biblia entra en confrontación con mi propio mundo. La cuestión ya no es qué dice el texto, sino qué me dice a mí y qué podría decir hoy a los oyentes de mi comunidad. ¿Qué mensaje del texto me interpela de tal modo que quisiera transmitirlo a mis oyentes? Aquí se trata de confrontar la realidad del mundo y de sus hombres con el mensaje de la Biblia. El primer oyente de la predicación es, sin duda, el propio predicador.

«Fuente de vida y de eficacia es la palabra de Dios; más cortante que espada de dos filos, y penetrante hasta el punto de dividir lo que el hombre tiene de más íntimo, de llegar hasta lo más profundo del ser humano, de poner al descubierto los más secretos pensamientos e intenciones» (Hel 4, 12).

«Los comentarios bíblicos... son pistas exteriores —escribe Alberto Iniesta— para entrar en el misterio, en la vida divina allí contenida, pero ahí no se entra a base de exégesis, sino de fe, de humildad, de esperanza, de oración, de preguntar y preguntar al Señor, no sólo qué dice allí, sino qué nos quiere decir a nosotros ahora, nunca desligado de las palabras bíblicas, pero sí más allá —o más acá— de las mismas.

Este conocimiento rumiante y sapiencial de la Escritura es el que más necesitamos como predicadores, y el que más nos dará luces y fuerzas para el camino tanto para nosotros como para los que nos escuchen»³⁹.

Sin la meditación, la predicación se convierte en un producto de la mesa de despacho, que luego hay que verter al pueblo desde el púlpito. La meditación de los textos bíblicos es la ayuda mejor para no quedarse en la superficie de la exégesis, en las opiniones de los autores sobre el pasaje, en lugar de experimentar en nosotros la fuerza viva del texto. Según G. Michonneau,

«únicamente una meditación profunda de los textos sagrados y particularmente de las palabras del Señor, puede ponernos en disposición de predicar»⁴⁰.

¿Qué decisión aporta el texto sobre mi vida? «El Reino de Dios está cercano; arrepentíos» (Mc 1,15). Así comienza Jesús su predicación en Galilea. Hay en primer lugar un hecho salvífico que se anuncia y luego, en consecuencia, el texto exige un cambio de mi vida.

No se va a la oración en búsqueda de ideas, formulaciones o imágenes para la homilía, sino que se entra en ella desinteresadamente. Lo que no excluye que estén constantemente presentes los afanes de la comunidad.

³⁹ *Ibidem*.

⁴⁰ G. MICHONNEAU y F. VARILLON, *Hablemos de la predicación*, Barcelona, 1965, p. 44.

La meditación del texto sagrado de la predicación debe estar apoyada por una actitud de oración a lo largo de la semana.

«Pero no olviden que debe acompañar la oración a la lectura de la Sagrada Escritura para que se entable diálogo entre Dios y el hombre; porque a Él hablamos cuando oramos y a Él oímos cuando leemos las palabras divinas»⁴¹.

En este sentido nunca la predicación está acabada, sino que permanece viva en un proceso de crecimiento, como María que «guardaba todo esto y lo meditaba en su corazón» (Lc. 7,19).

La tarea del predicador será escuchar día a día la voz de Dios y traducirla a los fieles. Sólo cuando el predicador se ha dejado interpelar por el texto, puede colocar también a su comunidad bajo el mismo. Se trata de hacer pasar el sentido de la página sagrada a la vida propia y a la vida de los fieles. En la meditación está el predicador completamente solo con la palabra bíblica de Dios; la comunidad está también con él, pues sin ella no puede meditar como sacerdote. Como pastor conoce la vida verdadera de la comunidad, los casos reales, los ejemplos e historias que son recientes, el pedazo de evangelio que aquí y ahora es actual, él sabe lo que conviene hacer. La meditación es el puente donde se encuentran la palabra de Dios y el hombre de hoy. Es como si el predicador tuviese que llenar de vida el trabajo que un «redactor» le ha dado para imprimir.

San Juan nos da el fruto de su oración-contemplación: «lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos... os lo anunciamos a vosotros» (1 Jn 1,1-3). Así debería ser cada predicador en la homilía. Se correría menos el riesgo de dar la impresión de demostrar una tesis de «teología sentada» o de mantener una ideología. «La predicación se deriva de la plenitud de la contemplación»⁴². Meditación y pastoral son las dos fuerzas nutricias, de las que puede crecer la predicación. La una lleva a la profundidad bíblica, la otra a la profundidad de la vida humana. Si la predicación fuera solamente la transmisión de datos objetivos, como en una clase de Física, y para esa transmisión fuera por tanto indiferente quien la realiza, la meditación no tendría importancia en la preparación de la predicación. Pero la predicación sólo es posible en esa fusión de la verdad con la persona del predicador. Por eso la meditación es la vía más fecunda para la predicación⁴³.

La predicación no puede ser sin oración. La oración, según la recomendación de San Agustín, debe acompañar antes y después a la predicación:

«Cuando un orador tenga que hablar al pueblo o a un grupo más reducido... ore para que Dios ponga en sus labios palabras propicias... Y finalmente, den gra-

⁴¹ VATICANO II, *Dei Verbum*, 25.

⁴² S. TOMÁS DE AQUINO, *S. theol.* II-II, q. 188, a. 6.

⁴³ HAENDLER, O., *Die Predigt*³ (Berlín, 1960), p. 185.

cias por el feliz éxito del sermón de Aquél de quien no dudan que recibieron el don de hablar, para que así el que se gloría se gloríe en Aquél en cuyas manos estamos nosotros y nuestros discursos»⁴⁴.

Para D. Ángel Herrera, «deben caldearse las homilías, en el sagrario y en la oración... La palabra de Dios, sea cual fuere el tono, el lugar y el auditorio, no puede servirse fría»⁴⁵. Si lo primero que la liturgia señala es que el sacerdote pida la asistencia divina, *Ut sanctum evangelium tuum digne valeam nuntiare*, también para su explicación fructuosa antes que nada es necesaria la oración, la petición humilde a Dios y la meditación personal de la Palabra divina⁴⁶.

El Concilio Vaticano II espera de los sacerdotes que «teniendo ante los ojos que es el Señor quien abre los corazones y que la grandeza no viene de ellos mismos, sino de la virtud de Dios, en el acto mismo de enseñar la Palabra de Dios se unirán más íntimamente con Cristo maestro y se dejarán conducir por su Espíritu»⁴⁷.

La oración, por consiguiente, es necesaria en el predicador para dejarse conducir por el Espíritu y no por intereses personales o ideas propias. El predicar con palabras aprendidas, «aprendidas del Espíritu», exige que el predicador «orando por sí y por aquellos a los que va a hablar, sea antes orante que orador»⁴⁸.

El esfuerzo principal de la predicación no hay que hacerlo en el ambón, sino ya antes de llegar allí; una predicación se tiene que preparar con diligencia mediante el estudio, la oración y la meditación. Como decía D. Bonhoeffer, el predicador debe encontrarse con la palabra de Dios: en la mesa de estudio, preparando seriamente su ministerio con la ayuda de los oportunos subsidios y comentarios; en el reclinatorio, orando la palabra que va a predicar, de modo que no sólo sepa hablar «de» Dios, sino ante todo hable «a» Dios en su oración personal; y finalmente en el púlpito, dejando que en el momento mismo de su ministerio resuene en él mismo, antes que en sus hermanos, lo que Dios nos comunica⁴⁹.

«Entre un sermón “trabajado” y un sermón “orado”, la diferencia es —para F. Varillon— como de la noche al día. El primero procede de los conocimientos que

⁴⁴ SAN AGUSTÍN, «De doctrina christiana», Libro IV, cap. XXX. n. 63, en *Obras de San Agustín XV* (Madrid, 1957), pp. 347 s.

⁴⁵ HERRERA, A., *La palabra de Cristo, I* (Madrid, 1953), p. LXVII.

⁴⁶ REVUELTA, J. M., «Introducción», en HENGSBACH, F., e. a., *Sínodo 74. Predicación, Evangelización* (Madrid, 1974), p. 16.

⁴⁷ VATICANO II, *Presbyterorum ordinis*, 13.

⁴⁸ SAN AGUSTÍN, «De doctrina christiana», Libro IV, cap. 15, en *Obras de San Agustín, XV* (Madrid, 1957).

⁴⁹ Citado por ALDAZABAL, J., «Predicación», en FLORISTAN, C., y TAMAYO, J. J. (eds.) *Conceptos fundamentales del cristianismo* (Madrid, 1993), p. 1066.